

Todas parecen comerciantes en sonrisas, en mentiras, en intrigas, en engaños y en imbecilidades. Para lo único que se diría gastan alguna inteligencia, es para hacerse *reclamos*. Los suicidios sin peligro, los robos de diamantes que luego aparecen, los renunciamentos al mundo y á sus esplendores, que duran ocho días, los dramas de celos con comparsas pagados, eso sí lo hacen de un modo genial. Pero en lo demás ninguna vislumbre de inteligencia. Y así, cuando uno las ve de cerca, lo que más extraña es que existan seres inferiores á ellas intelectualmente: seres que, sin notar el engaño perpetuo, la mentira incesante, la constante farsa, el eterno cálculo, sean los juguetes de sus siniestras fantasías. ¿Mas, cómo extrañar esto de quienes tienen ojos y no ven? Porque los adoradores de las grandes cortesanas no ven. Si vieran esas físicas fealdades esmaltadas y esos materiales horrores marchitos, se alejarían de ellas con horror. «Bajo el oro falso de la cabellera —dice Lorrain, describiendo á una de sus heroínas— veíanse los ojos pintados con kol, los labios cubiertos de pomada roja, las orejas nacaradas con pastas y las mejillas aterciopeladas con cremas y ungüentos». Este es un símbolo. Las demás siguen. Y en las altas esferas de la galantería, el rebaño gorjeante, de que habló Baudelaire, pasa, entre una nube de polvos de arroz, iluminado por sus diamantes.

XVII

UNA EXTRAÑA SALOME



XVII

Una extraña Salomé.

Nada me es tan grato como poder evocar la imagen del poeta en uno de los instantes más dichosos de su vida.

Le veo tal como me apareció aquella tarde de nuestro primer encuentro. Le veo sonreír con su sonrisa bonachona, enseñando inmensos dientes negros, incrustados de oro. Le oigo hablar. Su voz velada, su voz blanca, sin matices, unícorde y armoniosamente monótona, salmodia, en la sombra, estrofas de poemas. ¡Y son poemas en honor de Salomé! Son, en prosa suntuosa, poemas de Flaubert, períodos que se desenvuelven como brocados cubiertos de pedrerías; son poemas de divinos versos nebulosos de Mallarme, de versos opacos y lucientes como collares de piedras de luna; son poemas ligeros y perversos de Lorrain.

*
*
*

En aquella época el maestro inglés estaba ya obsesionado por la imagen de la bailadora sanguinaria.

—¿Usted viene de Madrid?—me dijo.— Yo querría ir á España sólo por ver, en el Museo del Prado, la Salomé del Ticiano, cuadro, ante el cual, Tintoreto exclamó: «Este hombre pinta con carne molida...» Usted lo habrá visto... La sobrina de Herodes se yergue, después del triunfo, llevando en una fuente de plata la cabeza del Precursor. ¡Y la *Salomé* de Stanzioni!... ¡Y la de Alejandro Véronese!... ¡El Prado está lleno de Salomé!...

Luego no dejó un solo día de hablarme de Salomé. Las mujeres que pasaban por el *bulevar*, le parecían princesas israelitas. En la *rue de la Paix*, ante las vidrieras de los joyeros, deteníase largas horas para componer aderezos ideales y adornar con ellos el cuerpo de su ídolo. Las telas que en la Avenida de la Opera ostentan sus esplendores en los escaparates, antojábansele tejidas para cubrir el pecho de la sobrina de Herodes.

Una tarde, de pronto, en medio de la calle, después de un largo silencio, me preguntó:

—¿No le parece á usted que estaría mejor desnuda?

En el acto adiviné que se trataba de *ella*; de Salomé.

—Sí—continuó,—enteramente desnuda;

pero con muchas joyas, con pesados y sonoros sartales de gemas omnicromas en los tobillos, en los brazos, en el cuello, en la cintura, haciendo con sus reflejos penetrantes, más obscena aún la obscenidad infinita de la carne de ámbar... Porque yo no concibo á Salomé inconsciente, sirviendo de mudo instrumento. ¡No! Sus labios, en el cuadro de Leonardo de Vinci, hacen ver la crueldad terrible de su alma. Es necesario que su lujuria sea infinita y su perversidad sin límites. ¡Que las perlas se mueran sobre su pecho! ¡Que el perfume de su virginidad haga palidecer á las esmeraldas y exalte el fuego de los rubíes! ¡Que el zafiro mismo pierda, sobre su piel de fiebre, la pureza de su azul! ..

Los labios del poeta crispábanse, sonriendo á la visión de Salomé sin velos. En su entusiasmo de artista sensual, creía ver á Sarah Bernhardt adolescente, bailando, ante el mundo.

*
*
*

¡Salomé desnuda!

Un pintor alemán había de realizar más tarde este ensueño de mi amigo: el múniqués Karl Strathmann.

Yo acabo de ver su obra, y me siento alucinado por ella. ¡Qué bella princesa!

Desnuda en medio de la sala del festín, alza, entre sus brazos virginales, la cabeza cortada y la contempla largamente, amorosamente. A su derredor, todo calla. Hay, además del misterio trágico, un secreto pasional en el aire. Las alas de la

voluptuosidad sacuden febriles el éter. Y en los ojos que la rodean, en los ojos espantados del tetrarca, en los ojos felinos de Herodias, en los ojos brutales del gran sacerdote, en los ojos fríos del verdugo, una llama de curiosidad perversa se enciende, poco á poco, á medida que Salomé contempla el rostro muerto. ¡Ah! No, ésta no es la niña ingenua de la Biblia; ni la ejecutora ciega de venganzas ajenas, que los poemas antiguos nos presentan; ni la flor venérea de los cuadros clásicos. Esta es la Salomé de Wilde. Y desde aquí la oigo que dice, hablando á la cabeza sangrienta: «Me trataste de ramera... y, sin embargo, yo vivo todavía, y tú ya no... ¡Y tú, que no quisiste darme tus labios, me das ahora tu cerviz!... ¡Ah! ¡Juan, Juan!.. Has sido el único hombre á quien he amado... Excepto tú, todos los hombres me inspiran desprecio. Tú eras el único, tú, estatua de marfil coronada de sombra; tú, el divino Yo'kanaan... ¡Si me hubieras amado! ¡Y, de seguro, me habrías amado, si hubieras podido contemplar, en el fondo de mi ser, los misterios de mi alma; porque los arcanos del amor son más fuertes que los arcanos de la muerte, y más poderosos que los arcanos de la fe!»—Sí; la oigo recitar las estrofas del poeta. ¡Es ella! Es la Salomé consciente, la que mató para saciar su sed de venganza, la virgen loca y sanguinaria.

* * *

Otras veces su Salomé casi era casta.

Me acuerdo de que una tarde, al volver del *Louvre*, nos habló de una princesa lamentable que bailaba ante Herodes por inspiración divina, para obtener la muerte del impostor, del enemigo de Jehová.

—Su cuerpo, alto y pálido, ondula como un lirio. No hay nada de sensual en su belleza. Las más ricas telas cubren su cuerpo esbelto. Su cabellera rubia baña de oro su nuca ebúrnea. En sus pupilas se ven brillar las llamas de la fe.

Esta imagen le había sido sugerida por el cuadro de Bernardo Luini, sin duda.

Pero las visiones hieráticas cedían pronto el puesto á las imágenes sensuales, á las crueles encarnaciones de la fatalidad venérea, á los mitos alucinantes de la omnipotencia femenina.

Una noche, en casa de Jean Lorrain, ante una estatua decapitada, Wilde, muy pálido, exclamó:

—Es la cabeza de Salomé.

Y en seguida tuvo la visión de una princesa que lleva á su amante la cabeza de San Juan, y que, viéndose despreciada, le envía luego su propia cabeza.

—Sí—decía,—esta es Salomé, la Salomé que se hace cortar el cuello por desesperación... Un evangelio de Nubia, descubierto por Boissiere, nos habla de un joven filósofo á quien una bailadora semita le envía, como homenaje, la cabeza de un apóstol. El joven la contesta sonriendo:—«Lo que deseo, amada, es tu propia cabeza.» Entonces, lívida, la bailadora se aleja. Y, por la tarde del mismo día, un esclavo presenta al filósofo la cabeza de su querida

en un plato de oro Y el filósofo dice:—
«¡Que se lleven esa cosa sangrienta.» Y
luego continúa leyendo á Platón... ¿No os
parece que esta princesa es Salomé...? Sí...
Y este mármol es su imagen...

—Escriba usted ese poema singular—
dijole Lorrain.

Wilde comenzó un cuento en prosa titu-
lado *La decapitación de Salomé*. Luego
rompió las páginas escritas y pensó en una
obra en verso. Al fin se decidió por la
forma dramática. La idea de ver á Sara
Bernhardt, rejuvenecida, bailando desnuda
ante el tetrarca, volvió á obsesionarle.
Y abandonando su lengua natal, principió
en francés su *Salomé*.

¿Su *Salomé*? Digo mal, porque fueron
diez, fueron ciento, las Salomé que ima-
ginó, que principió, que abandonó. Cada
cuadro visto en un Museo, sugeriale una
idea. Cada nuevo libro sobre el asunto,
haciale dudar. Hoy su princesa era
rubia, y decía cual la Herodes de Ma-
llarmé:

*J'aime l'horreur d'être vierge et je veux
Vivre parmi l'effroi que me font mes cheveux
Pour, le soir, étiré en ma couche, reptile
Inviolé, sentir en ma chair inutile
Le froid scintillement de ta pâle clarté,
Toi qui te meurs toi qui brules de chasteté,
Nuit blanche de glaçons et de neiges cruelles*

Al día siguiente recurría á la fuente
original de los Evangelios, y leía:

«El día del festín de la natividad de
Herodes, la hija de Herodías bailó en me-
dio y gustó al rey;

»Y éste le ofreció, bajo juramento, que
la daría todo lo que le pidiera;

»Y ella, aconsejada por su madre, le
dijo:

»—Dame, en una fuente de plata, la ca-
beza de Juan Bautista;

»Y el rey se afligió. Pero á causa del
juramento y de los que estaban sentados
con él, ordenó que le fuese dada;

»Y mandó decapitar á Juan en su pri-
sión;

»Y la cabeza de éste fué traída en un
plato y entregada á la hija de Herodías.
Y ella la presentó á su madre...»

Pero esto le parecía pálido, seco, falto
de suntuosidad, de locura, de pecado. De
locura sobre todo. La hija que obedece, y
que al recibir el sangriento regalo se
apresura á llevarlo á su madre, necesita
que los siglos amontonen á sus pies en-
sueños y visiones para llegar á convertirse
en la «flor cárdena del jardín perverso, en
el símbolo supremo de la Lujuria, en la
imagen de la Belleza maldita, elegida en-
tre todas por la catalepsia, en la Bestia
monstruosa, irresponsable, que envenena
todo lo que se le acerca, todo lo que la ve,
todo lo que la toca».

*
* *

Una página hay en la *Salomé* definitiva,
que Oscar Wilde no varió nunca y, que es
la misma del cuento empezado, la misma
de los muchos dramas abandonados.—
Salomé, después de bailar, reclama al te-
trarca, como premio, la cabeza del bau-

tista, no por obedecer á su madre, sino por despecho amoroso. El tetrarca, después de una lucha muy larga con su conciencia, se la da, en un plato de plata. Ella la recibe y cogiéndola entre las manos exclama: «¡Ah! ¿no has querido dejarme besar tu boca? . . . Pues bien, impídelo ahora... ahora la morderé como se muerde el fruto apetecido...»

Etcétera.

*
**

—Tengo la misma enfermedad que Des Esseintes—solía decir Wilde.

Y era cierto.

Lo mismo que el héroe de *A Rebours*, el gran poeta inglés buscaba, sin hallarla, la verdadera Salomé que se pierde «misteriosa y pasmada entre la niebla lejana de los siglos». La Salomé de Rubens parecíale «una maritornes apoplética». La de Leonardo se le antojaba demasiado incorpórea, demasiado fría. Y las otras—(la de Alberto Durero, la de Piazza, la de Ghirlandajo, la de Van Thulden, la de Le Clerc) tampoco le satisfacían por completo. En cuanto á la célebre *Salomé* de Regnault, considerábala, lo mismo que Paul de Saint Victor, como «una gitana que tuviese un cutis de inglesa». Sólo el cuadro de Gustave Moreau encarnaba, á su entender, el alma de la princesa legendaria, de la divina Herodiades. ¡Cuántas veces nos repitió, á todos sus amigos, las frases célebres de Huysmans! «Casi está desnuda. En el ardor de la danza, los velos se han deshecho, los brocados han caído, y sólo las

joyas cubren su carne. Un ligero coselete le estrecha la cintura; y un dije soberbio resplandece, cual un lucero, entre sus senos. Más abajo, un collar de granates le estrecha las caderas. Sobre su sexo brillan dos esmeraldas.» Esta descripción parecíale perfecta. La obra del pintor era, para él, una de las maravillas del mundo, y le impresionó de tal modo, que, más tarde—cinco años más tarde,—cuando, después de ser el niño mimado de la gloria londinense, pagaba en una cárcel de Wormswod Scrubs su «crimen de inmoralidad», en las horas de insomnio y de fiebre, repetía inconscientemente: «... un dije soberbio resplandece, cual un lucero, entre sus senos... Sobre su sexo brillan dos esmeraldas...»

FIN